



GLORIA M. COMESAÑA S.

PROFESORA DE LA ESCUELA DE FILOSOFIA DE LA UNIVERSIDAD DEL ZULIA

DEMOCRITO, FILOSOFO ATOMISTA

**FACULTAD DE HUMANIDADES Y EDUCACION
CENTRO DE ESTUDIOS FILOSOFICOS**

I. INTRODUCCION.

En esta breve monografía nos proponemos como meta fundamental penetrar en los aspectos más notables de la filosofía atomista, especialmente a través de las doctrinas de Demócrito, a quien consideramos su máximo representante.

Demócrito se inicia en la filosofía, en un momento en que ésta ha entrado en una de sus etapas más importantes: la superación del eleatismo a partir de sus propios conceptos.

Sin abandonar la lógica eleática, los pluralistas logran sacar a la filosofía del callejón sin salida en que la había sumido el Ser Uno y el Inmovilismo de Parménides.

El ser es y el no-ser no es, admiten los pluralistas, pero el ser no es uno sino múltiple, y a partir de su propio dinamismo y vitalidad intrínsecos, genera y destruye todas las cosas mediante la mezcla y separación de sus múltiples elementos, que se unen y se desunen cíclicamente.

Ya no hay pues un único ser en el origen de las cosas, sino varios —las cuatro raíces de Empédocles— o infinitos —las homeomerías de Anaxágoras—, y todos ellos son como era el ser de Parménides.

Las cosas que resultan a partir de la mezcla o separación de estos múltiples seres, seguirán siendo consideradas apariencias, puesto que sólo los elementos de donde todo surge —sean varios o infinitos— son, pero ya no serán explicadas como ilusiones, sino

como objetos de opinión porque cambian constantemente. A los elementos básicos, los que realmente son y constituyen el fundamento de todo, les corresponderá el verdadero conocimiento, el racional, puesto que permanecen siempre en el ser.

Es en este mundo, en este ambiente así preparado, en donde hay que ubicar a Demócrito para comprender su filosofía, y llegar a descubrir la riqueza de sus contenidos conceptuales y el lugar destacado que ocupa entre los representantes del pluralismo.

II. REFERENCIAS BIOGRAFICAS.

Al escribir sobre Demócrito, representante de la escuela atomista, es preciso, aunque sea en forma muy concisa, hacer una referencia a Leucipo, a quien puede considerarse como el fundador de la doctrina atomista, llevada a su culminación después por su discípulo Demócrito.

De Leucipo se dice que fue oriundo de Elea, aunque también se considera a Mileto como su patria. Según otros, habría nacido en Abdera. Al parecer lo más probable es que su lugar de origen fuese Mileto, de donde se habría trasladado a Elea, siendo allí discípulo de Parménides o Zenón, donde Demócrito habría recibido sus enseñanzas.

Su existencia ha sido puesta en duda por estudiosos como Rhode y Nestle, sin embargo, a partir de las investigaciones realizadas por Zeller y Diels, no tiene sentido tal posición. Contra ella se levanta el testimonio de Aristóteles y Teofrasto, quienes hacen mención de él. Hay inclusive un pasaje de Aristóteles en que habla de Demócrito como discípulo de Leucipo. Teofrasto por otra parte sostiene que "La gran ordenación del mundo" fue obra suya.

El florecimiento de Leucipo se sitúa hacia el año 430 a.C.

Se le atribuyen las obras "La gran ordenación del Cosmos" y "Sobre la Mente", de la cual al parecer es la siguiente sentencia: "Nada sucede al azar, todo ocurre a partir de la razón o por necesidad".

Las obras antes mencionadas como suyas, fueron integradas a las de Demócrito en el siglo IV, constituyendo una especie de "Corpus" de la escuela atomista, razón por la cual es difícil discer-

nir lo que es propio de cada uno. A este respecto, la opinión general es que Leucipo formuló las ideas claves del sistema atomista y Demócrito las elaboró y perfeccionó ampliándolas con aplicaciones psicológicas y morales.

De Demócrito se dice que debió nacer entre los años 460/457 a.C. y su florecimiento se sitúa hacia el año 420 a.C., pues él mismo en "La pequeña ordenación del Cosmos" afirma que era cuarenta años más joven que Anaxágoras.

Fue natural de Abdera, y discípulo de Leucipo, a quien sucedió en la dirección de la escuela que aquél había fundado.

Como escritor fue muy fecundo y de elegante estilo, al parecer alabado por Cicerón, que lo equipara al de Platón.

Según Diógenes Laercio, escribió noventa obras, distribuidas más adelante en trece tetralogías. Entre estas obras se cuentan La Pequeña ordenación del Cosmos, Tritogeneía, De las formas, Del Entendimiento, Del Buen Animo, Preceptos etc., de las cuales quedan algunos fragmentos.

Desde el punto de vista cronológico, Demócrito no es un presocrático, pues fue contemporáneo de Platón, sin embargo, por su afinidad con Leucipo y dada la imposibilidad de distinguir con exactitud las doctrinas de ambos, se le ubica siempre entre los pensadores anteriores a Sócrates.

A pesar de vivir en la época de Platón, éste no lo menciona jamás, pues al parecer lo consideraba como un rival. Su obra, siendo quizás más vasta que la de aquél, no tuvo la misma influencia, posiblemente debido a que la Academia se dedicó a destruirla sistemáticamente limitando así su radio de acción a Epicuro y sus seguidores, los cuales desaparecieron pronto.

III. LOS ATOMOS.

Aristóteles no deja dudas respecto a las motivaciones de Leucipo y Demócrito al formular el atomismo. Así nos dice en (De gen. 1, 8, 325 a 23 ff).

"Leucipo, en cambio, creyó haber dado con razones que, diciendo cosas que estaban de acuerdo con la sensa-

ción, no eliminaban ni la generación, ni la corrupción, ni el movimiento, ni la pluralidad de los seres. Dijo, pues todas estas cosas de forma adecuada al orden de las apariencias o fenómenos, mientras que a los que pretendían mantener a toda costa la unidad, porque sin el vacío no existe el movimiento, les dice que el vacío es no —ser y que lo que existe no tiene nada de no-ser. Porque lo que propiamente existe está lleno. Pero que lo que es así no constituye una unidad, antes constituye una multitud de número infinito de seres indivisibles a causa de la pequeñez de su volumen o su masa; y que estas partículas se movían en el vacío —puesto que el vacío existía—, y que cuando se juntaban y se reunían, se verificaban la generación; cuando se separaban, tenía lugar la corrupción o destrucción”.

De modo pues que, para los atomistas, el Ser, en sentido estricto, no nace o perece, simplemente, es. Pero no es uno sino múltiple, constituido por un número infinito de pequeñísimas partículas indivisibles e invisibles. Tales partículas reciben el nombre de átomos (*ατομοί*), que significa precisamente indivisibles.

Además de éstas partículas, de las cuales propiamente se dice que son, existe el vacío, el no ser en el cual dichas partículas se mueven.

Los átomos se unen en racimos, formando así los cuerpos visibles y las cosas que equivocadamente consideramos como seres en sentido propio. Estas cosas nacen y parecen, pero no lo que verdaderamente es, las partículas invisibles, los átomos. Como recalca Aristóteles, esta explicación salva la realidad de la percepción sensible sin abandonar la lógica eleática. Y ésta era precisamente la intención de los atomistas —en la cual coinciden con Empédocles y Anaxágoras—: mantenerse dentro de la línea parmenídica sin rechazar del ámbito del ser el mundo de las apariencias. Sin embargo para lograr su propósito se ven obligados a hacer una concesión que Parménides y el eleatismo no hubiesen aceptado: admitir la realidad del vacío.

En efecto, el vacío debe existir para poder explicar el movimiento, ya que si no hubiese espacio en el cual los átomos pudiesen desplazarse, el movimiento sería imposible. Ahora bien, si el espacio vacío es no-ser, hay que admitir que el no-ser existe.

Con esto la doctrina atomista se coloca en aguda oposición a la parmenídica, apoyándose a pesar de todo en los conceptos forjados por ella. De esta forma, los átomos y el espacio, lo lleno y lo vacío, en una palabra, el ser y el no-ser, vienen a constituir los elementos que integran las cosas que se nos aparecen como reales. Esto mismo leemos en el siguiente fragmento de Aristóteles, en el cual además se explica cuáles son las diferencias entre los átomos —que por naturaleza no se distinguen unos de otros—, a partir de las cuales se originan los diversos seres particulares.

“Leucipo y su compañero Demócrito afirman que los elementos de las cosas son lo lleno y lo vacío, o con sus propias palabras, el ser y el no-ser: lo lleno y lo sólido es el ser, y el no-ser es lo vacío y lo raro —con lo cual admiten la existencia del no-ser no menos que la del ser, y la del vacío no menos que la del cuerpo—; esas son las causas de las cosas existentes, según ellos, en el orden de la causa material. Y así, de la misma manera que los que admiten una única causa material explican todo lo demás por medio de modificaciones de esta misma causa material, concibiendo lo raro y lo denso como principios de estas modificaciones, de igual modo piensan estos dos filósofos que las diferencias son las causas o principios de todas las cosas. Señalan tres diferencias de esta clase: la figura, el orden y la posición. Las diferencias de los seres nacen tan sólo, según su vocabulario, de la conformación del ser, de la coordinación y de la situación, de las cuales la conformación es lo mismo que la forma o figura, la coordinación es lo mismo que el orden y la situación es lo mismo que la posición. Así por ejemplo, la A se diferencia de la N por la forma o figura; AN se diferencia de NA por el orden y la Z se diferencia de la N por la posición”¹.

Tal como afirma Aristóteles en el fragmento anterior, los átomos se diferencian entre sí por su figura, orden y posición. A estas diferencias se añade según otros fragmentos, la magnitud y con ella el peso. Excepto por lo anterior, los átomos son idénticos por naturaleza, careciendo en absoluto de cualidades.

Como elementos irreductibles de todo cuanto existe, los átomos no se originan unos de otros; cada uno es un ser indivisible,

1. Aristóteles. *Metafísica I*, 4, 985b4.

eterno, inmutable e imperecedero, es decir, cada átomo posee las características del ser de Parménides excepto la unidad.

Por otra parte, los átomos están dotados de un movimiento espontáneo gracias al cual se mueven a través del vacío. Este movimiento sin embargo obedece a una ley fatal y necesaria.

Con respecto a este punto, Aristóteles les reprocha a los atomistas no haber explicado la causa y la naturaleza de este movimiento.

Según algunos, el movimiento de los átomos se debería a su peso, el cual estaría relacionado con la magnitud. A este respecto los testimonios son contradictorios. Entre quienes sostienen la anterior posición se encuentra Zeller, el cual afirma que para Leucipo y Demócrito el movimiento primordial era la caída o descenso por efecto de la gravedad.

A esto se opone un pasaje de Aristóteles en *De Anima*, en el que atribuye a Demócrito una comparación entre el movimiento de los átomos del alma y el de las motas de polvo en un rayo de sol, que circulan en todas direcciones aunque no haya viento.

Hay además un fragmento de Simplicio en donde afirma que según Demócrito y Epicuro los átomos "más graves rechazan a los más livianos por la propia caída, lanzándolos hacia lo alto: y así (dicen) los unos parecen livianos, y los otros graves"².

Esto debe interpretarse en relación con el movimiento de torbellino debido a los choques entre los átomos y no en el sentido de un movimiento de caída. En el movimiento en torbellino según aclara Aristóteles, las partes más pesadas son rechazadas hacia el centro mientras que las más livianas van hacia la periferia. Con esto, el peso sería una propiedad derivada del movimiento en torbellino, como sostiene Burnet y éste —el movimiento— quedaría sin explicar como reclama Aristóteles.

De la colisión entre los átomos debido a su movimiento necesario en el vacío, resultan los diversos cuerpos, los cuales igual-

2. Simplicio. *De coelo*, 254b tomado de Mondolfo, R. *El pensamiento antiguo*. Tomo I. Editorial Losada S. A. Buenos Aires, 1969. -----
3. Aristóteles. *De coelo* II 13, 295.

mente pueden desaparecer al separarse los átomos que los constituyen. Las diferencias entre los cuerpos se deben a las que existen entre los átomos, los cuales podrían asimilarse a las letras del alfabeto, que siendo diferentes en forma, dan origen a palabras diversas al combinarse de distintas maneras.

Según el atomismo pues, el ser, lo lleno, los átomos en número infinito, y el vacío, el no-ser, son los elementos que dan origen a los cuerpos y a los universos, de modo que todo resulta de la unión de lo positivo (átomos) con lo negativo (vacío). Sin embargo, esto negativo, este vacío o no-ser, en realidad existe y en cierta forma es algo positivo, puesto que entra en la constitución de los cuerpos, que sin él no podrían darse, ya que es el que separa los átomos entre sí y hace posible el movimiento. Con esto se ubica el atomismo, como antes lo habían hecho otros pensadores, y aún después lo harán muchos, en la posición de admitir la realidad del no-ser, del vacío, con lo cual se coloca como ya señalamos, en abierta oposición a la doctrina parmenídica para la cual el no-ser, no es, no existe. De esta forma sin embargo, se rescata para la realidad el mundo de las apariencias.

Un logro muy importante de la doctrina de los átomos, es la reducción de las diversidades captadas por los sentidos en los diversos seres, a diferencias cuantitativas y locales. Esto constituye uno de los avances más geniales logrados por los atomistas, hasta el punto de que para muchos pensadores contemporáneos, esta concepción viene a ser una anticipación de ciertas teorías físicas que en la actualidad nos son familiares.

La relevancia de la teoría atomista como precursora de la moderna física atómica la recalca el gran científico Werner Heisenberg, quien en su obra "Gedanken der antiken Naturphilosophie in der modernen Physik" se ocupa de las teorías de Leucipo y Demócrito. Hablando sobre el punto al que nos referimos, es decir, la explicación de las cualidades de los cuerpos en base a las diferencias cuantitativas y locales, dice:

"En esta doctrina los átomos no se distinguen ya por cualidades internas, sino por la forma, situación y movimiento. Estas cualidades geométricas son suficientes, según la opinión de los atomísticos, para explicar la variedad de las apariencias. Los átomos son lo propia-

mente existente, entre ellos está la nada, el espacio vacío. Por la disposición conjunta de átomos de la misma clase se forman cuerpos compuestos más grandes, y sus propiedades están de nuevo determinadas por la clase de su disposición conjunta. Los átomos en sí son eternos e indestructibles. Con la atomística antigua resultante de estos pensamientos fundamentales hay que comparar ahora la moderna doctrina atómica.

También la moderna doctrina atómica acepta sillares elementales de la materia, a los que llama electrones, protones y neutrones, y también intenta atribuir las cualidades físicas de los cuerpos a la dinámica de los átomos"⁴.

Claro está que la doctrina antigua de los átomos no sospechaba en absoluto lo que era el concepto cuantitativo del átomo tal como lo interpreta la física moderna, puesto que no podían alcanzar con sus escasos recursos conceptuales, el nivel de abstracción matemática a que ha llegado la física contemporánea. Cuando hablan del átomo, se refieren a la indivisibilidad, a lo sólido, nunca a la pequeñez infinita. Para los físicos de nuestros tiempos, como recalca Heisenberg, el átomo "según su esencia no es una estructura material en el espacio y el tiempo, sino en cierto grado solamente un símbolo, en cuya introducción las leyes de la naturaleza adoptan una forma especialmente sencilla. La teoría atómica de la física moderna se diferencia esencialmente de la atomística antigua en que no tolera la formación de un concepto del mundo ingenuamente materialista"⁵.

Pero la repercusión de los antiguos atomistas fue muy grande, tanto que impregnó la física clásica de su materialismo mecanicista, pudiéndose percibir claramente su influjo en el siguiente trozo del gran Isaac Newton, que señalaremos a manera de ejemplo:

"Ponderando todas estas cosas me parece ver que Dios al principio creó la materia en forma de partículas sólidas, masivas, duras, impenetrables y movibles y, por cierto, en tales tamaños y formas y con tales propiedades y tal distribución en el espacio, como mejor conve-

4. Heisenberg, W. en *Gedanken der antiken Naturphilosophie in der modernen Physik*. Tomado de la obra *Física y Filosofía*, de E. Heilmendahl. Editorial Guadarrama, Madrid 1969.

5. *Ibid.*

nía al fin para que las creó, y que estas partículas primitivas, como cuerpos sólidos que son, son incomparablemente más duras que todos los cuerpos porosos compuestos de ellas, tan indeciblemente duras que nunca jamás se desgastan o se rompen en trozos y ningún poder corriente puede separar lo que Dios unió el primer día de la creación. Mientras las partículas continúen existiendo en su integridad, pueden agruparse en todo tiempo en cuerpos siempre de la misma clase y estructura... para que la naturaleza continúe, hay que imaginar los cambios de las cosas corporales solamente en las diversas separaciones y nuevas uniones y movimientos de estas partículas eternas. Los cuerpos compuestos tienen tendencia a romperse, pero no por el centro de las partículas sólidas sino allí donde las partículas están unidas entre sí y se tocan sólo en algunos puntos"⁶.

IV. LA CONSTITUCION DEL COSMOS.

Los átomos, como ya hemos dicho, están animados por un movimiento espontáneo desde la eternidad.

Este movimiento está regido por una ley fatal y necesaria, puesto que nada ocurre al azar; la movilidad de los átomos es puramente mecánica sin que intervenga ningún tipo de causas extrínsecas, dioses o inteligencias directrices.

Al moverse en el espacio vacío, los átomos chocan entre sí, originando remolinos, con lo cual los átomos semejantes en tamaño y forma se atraen. Por la acción del movimiento giratorio que los arrastra, los átomos más ligeros se dirigen a la periferia, donde constituyen la bóveda celeste, especie de membrana transparente que rodea cada mundo. Otras masas de átomos, arrastradas luego hacia la periferia, dan origen a los astros, que por su acelerado movimiento adquieren la incandescencia. Por su parte, los átomos más pesados se agrupan en el centro formando la tierra que toma el aspecto de un disco cóncavo.

No todos los infinitos mundos que resultan de los innumerables remolinos son iguales al nuestro. En algunos hay animales,

6. Tomado de la obra de Heimendahl ya citada.

mientras que en otros no. algunos no poseen sol ni luna y en otros, estos astros tienen un tamaño muy diferente al de los nuestros.

Con respecto a la manera de concebir la destrucción de los mundos, no es mucho, ni muy seguro lo que se sabe. Presumiblemente se explicaba en base a la suspensión del crecimiento del mundo —el cual se debe a la absorción de un mayor número de átomos a través de la membrana exterior—, por lo cual empieza a romperse, tornando los átomos a su anterior movimiento en el espacio, donde proceden a formar más adelante, otro mundo.

Al tratarse del origen de los mundos, uno de los puntos más discutidos, se refiere a la intervención en ello del azar o de la necesidad.

Parece claro que según los atomistas, el Cosmos viene a ser por azar. Ciertamente que los átomos están dotados, como ya hemos señalado, de un movimiento espontáneo, que es necesario y fatal. Sin embargo, que de este movimiento, a causa de las colisiones y mezcla de los átomos en muy diversas formas, resulten los diferentes cosmos, es algo totalmente casual.

Al parecer, esta fue la opinión de Demócrito: según él, los átomos chocan unos con otros al azar, a partir de lo cual el desarrollo de las cosas sigue una ley necesaria. No hay pues razón para admitir la tesis de Freeman, según la cual, el movimiento, la colisión entre los átomos y la formación de diversos conglomerados, se encuentra encerrado en la misma naturaleza de los elementos. Dice así Freeman: "La segunda etapa fue la colisión entre los átomos y su consiguiente coagulación; esto, la formación original de cada cosmos, parece ser asignado al azar; pero es un azar que surge de la naturaleza esencial de las cosas"⁷. Precisamente si el mundo es producto del azar, ello se debe a que este azar está inscrito en la naturaleza misma de los átomos, de cuyos movimientos, encuentros y mezclas casuales, no tenía por qué resultar necesariamente este mundo u otro. Pero sería con-

7. Cita de Kathleen Freeman tomada de: McNerny, R., *A History of Western Philosophy*, Vol. I. University of Notre Dame Press. Notre Dame, U.S.A., 1963.

tradictorio considerar, como lo hace Freeman, que en este azar que surge de la naturaleza de las cosas está inscrito el producto final de los choques y mezclas entre los átomos.

Por lo que respecta a las diversas especies vivientes, incluso la humana, piensan los atomistas que se originan del fango, en base a la generación espontánea, debido simplemente al azar.

Cualquier cambio que sufran los seres se explica por el cambio de posición y situación de sus átomos en el espacio vacío que también contiene el cuerpo. De esta forma se interpreta también la muerte como la entrada de partículas extrañas en las concavidades vacías del cuerpo, con lo cual se destruye su primitiva armonía. Para Demócrito, la muerte no es instantánea, puesto que las uñas y el cabello continúan creciendo; para él los cadáveres siguen estando vivos y con capacidad de percibir, hasta alcanzar la disolución total.

Demócrito por otra parte concibe la procreación como algo natural, mientras que compara el acto sexual con la epilepsia, atribuyéndolo a choques entre los átomos, con lo cual sería una especie de enfermedad.

En cuanto a los dioses, piensa que existen como seres mucho más perfectos que los hombres, pero compuestos igualmente de átomos —superiores a los que constituyen al hombre—, sujetos a la generación y corrupción. Estos seres merecedores de veneración, moran en los espacios interplanetarios y son felices, sin preocuparse en absoluto de los hombres.

Al hablar del origen del Cosmos, vuelve a notarse la importancia que tiene la concepción del vacío como realidad. En efecto, hemos visto ya antes que la admisión del no-ser como existente es necesaria para poder explicar el movimiento de los átomos, pues si no hubiese espacio vacío en el cual dichos átomos pudiesen desplazarse, serían inmóviles a la manera del ser de Parménides. Aún más, sin el vacío constituirían, como quería el eleatismo, un solo ser, pues no habría separación ni distinción ninguna entre ellos. Pero los átomos son múltiples y se mueven en el vacío, y éste, el no-ser, existe.

Esta realidad del vacío, explica, junto con los átomos, la constitución de los infinitos cosmos y de todos los seres que en ellos se originan.

Además, gracias al vacío que separa los átomos y que junto con ellos constituye los cuerpos, podemos comprender los cambios que estos cuerpos sufren, así como su generación y corrupción. A manera de conclusión debemos añadir, que, si bien la cosmología atomista no representa en sus detalles ningún avance notable, lleva a su culminación lógica ciertas tendencias anteriores —básicamente las contenidas en la filosofía de Empédocles y Anaxágoras—, dando una explicación puramente mecánica de la realidad, de la cual, como ocurre en los filósofos anteriormente mencionados, forma también parte del mundo de los fenómenos.

V. EL CONOCIMIENTO.

En la concepción del conocimiento, se hace muy notoria en Demócrito y en general en el atomismo la influencia eleática. Efectivamente, Demócrito establece muy claramente la contrariedad entre el conocimiento sensible y el intelectual, la cual corresponde a la de sus objetos, la aparente realidad de los cuerpos y sus cualidades, y la autenticidad de los átomos y el vacío.

En los pocos fragmentos que se conservan, Demócrito recalca la distinción entre el verdadero conocimiento, el que se realiza a partir de la razón, y el conocimiento falso, oscuro que se obtiene mediante los sentidos.

Lo anterior no impide a Demócrito reconocer que todo conocimiento procede de la sensación, pues lo captado a través de ella como apariencia, viene a ser el punto de partida para el conocimiento exclusivamente racional de los átomos y del vacío, que no pueden ser percibidos por los sentidos.

La diferencia entre los dos tipos de conocimiento, la establece Demócrito en el fragmento 11 que a continuación transcribimos:

“Dos son las formas eidéticas de conocimiento: uno, el genuino; otro, el tenebroso. Y pertenecen en total al tenebroso: vista, oído, olfato, gusto y tacto. Por el contrario, el conocimiento genuino está bien separado del

otro. Cuando el conocimiento tenebroso no puede ya, por lo pequeño de la cosa, ni ver, ni oír, ni oler, ni gustar, ni sentir por el tacto —y se hace preciso, con todo, investigar más sutilmente— sobreviene entonces el conocimiento genuino, poseedor de muy más sutil instrumento: el entender¹.

Algunos autores sostienen que la distinción entre ambos tipos de conocimiento, más que constituir una oposición entre ellos, establece una diferencia de grado. Para ello les sirve de base el siguiente fragmento tomado de Aecio:

“¡Pobre razón! ¿Tomas de nosotros tus argumentos y quieres, sin embargo, echarnos por tierra? ¡Esa derrota caerá sobre ti!” (Frag. 2 Aecio, 1, 25, 4).

Efectivamente: como el alma está compuesta de átomos y todo nuestro conocimiento procede, según se verá, del contacto con el sujeto de las imágenes —compuestas de átomos— que fluyen de los objetos, se hace evidente que el conocimiento racional se origina de la misma forma que el sensible y estará sujeto a las mismas vicisitudes, con lo cual sólo habría entre ellos una diferencia de grado debida a la mayor sutileza del entendimiento.

En realidad el citado fragmento de Demócrito no es de los más claros. Mientras expresiones como “conocimiento genuino” y “bien separado del otro” hacen sospechar el deseo de recalcar el hecho de su oposición, las frases que siguen a partir de estas expresiones llevan más bien a concebir cada uno de los tipos de conocimiento como adecuados a los objetos conocidos, con lo cual, la distinción entre ellos sería meramente gradual, puesto que mientras la sensación nos permitiría captar los compuestos formados a partir de los átomos y del vacío, sin dejarnos entrar en contacto con éstos, la razón, —“muy más sutil instrumento”— nos entregaría la auténtica realidad, constitutiva de las apariencias que se nos ofrecen a los sentidos.

En el primer caso, la posición democrítea se mantendría dentro de la línea eleática de rechazo del conocimiento sensible en

1. García Bacca, J. D. Fragmentos Filosóficos de los Pre-socráticos. Ed. del Min. de Educación Caracas, 1964.

tanto ilusorio y aparente, exaltando así el valor de la especulación racional como única fuente de conocimiento digna de crédito.

Si es más bien la segunda posición la acertada, y la diferencia entre conocimiento racional y conocimiento obtenido a través de los sentidos es meramente gradual, creemos estar ante una posición semejante a la de Heráclito, el cual, a pesar de reconocer la natural deficiencia del conocimiento sensible, no lo rechaza como totalmente falso, sino que, admitiendo su carácter dudoso y probable, exige su corroboración y su complementación mediante la razón, fuente por excelencia de realidad y de verdad. Es probable que, debido a la influencia de la Escuela de Elea sobre el atomismo, Demócrito haya experimentado vivamente la necesidad de recalcar la superioridad de la razón frente a la sensación. Sin embargo debido a lo radical de su materialismo mecanicista no podría dejar de reconocer, como ya hemos dicho, el papel de la sensación como fuente originaria de todo conocimiento, inclusive el intelectual, lo cual debe haberlo llevado no al rechazo total parmenídico de la evidencia sensible, sino a su menosprecio, colocándola por ello bajo la tutela del conocimiento racional. Con ello como hemos señalado, su posición, aún manteniéndose dentro de la línea eleática, se aproximaría a la de Heráclito en este aspecto².

¿Cuál es entonces, dado el papel que aquí juega, el mecanismo de la sensación?

"Ellos atribuían la posibilidad de ser vistas a ciertas imágenes, de la misma forma del objeto, las cuales estaban saliendo continuamente de los objetos vistos y chocando contra el ojo. Esta fue la teoría de la escuela de Leucipo y Demócrito..."³.

-
2. Habría sin embargo en este punto una diferencia entre Heráclito y Demócrito que es preciso recalcar: creemos que en Heráclito, pese a admitir la realidad y utilidad del conocimiento sensible dentro de sus justos límites y corroborado por la actividad de la razón, hay una mayor valoración de esta última hasta el punto de poseer con respecto a la sensación no una simple diferencia de grado, sino una más honda que las coloca en planos distintos. En el caso de Demócrito al parecer la diferencia sería meramente gradual.
 3. Cita tomada de la obra de McInerny, R., *A History of Western Philosophy*, ya mencionada.

El origen de toda sensación según Demócrito, es el contacto entre el cuerpo del hombre y los átomos procedentes de las cosas. De todo cuerpo se desprende un flujo de átomos que constituyen una imagen (*ειδολα*) que lo representa. Estas imágenes, impresionan nuestros sentidos al entrar en contacto con ellos, y de esta forma puramente mecánica se produce el conocimiento. Puesto que todas las sensaciones son producidas básicamente por el contacto de los átomos con el cuerpo del hombre, podemos concluir que todos los sentidos se reducen en último término al tacto.

En toda esta explicación del hecho físico de la sensación se hace muy notoria la influencia de la doctrina de los poros de Empédocles.

No todas las sensaciones tienen el mismo valor para Demócrito. Aquellas que se refieren a las características propias de los átomos: la forma, el volumen, el peso, el movimiento, son objetivas; por el contrario, cualidades como el color, el sabor, el olor, el frío, el calor, etc., que no pertenecen a los átomos, sino que resultan de su especial combinación y figura, se consideran como afectaciones subjetivas.

Según lo anterior, que es consecuencia de su forma de concebir los átomos como dotados únicamente de caracteres expresables cuantitativamente, los cuerpos poseen dos tipos de cualidades: Las primarias y las secundarias.

Son primarias aquellas que dependen de las propiedades de los átomos. Estas cualidades son objetivas, y pertenecen realmente a los cuerpos en los cuales las observamos. Las secundarias, como el calor, el frío, el color, etc., que como hemos visto, dependen de la figura y combinación de los átomos, pero no se encuentran propiamente en ellos, son puramente subjetivas, y no corresponden en verdad a los cuerpos a los cuales las atribuimos.

Una teoría semejante, sostendrá siglos después, ya muy avanzada la investigación filosófica, un empirista del siglo XVII, John Locke.

Todo lo anterior aparece corroborado en el fragmento 125 de Demócrito, en donde dice:

"Por ley hay color, por ley hay dulzor, por ley hay amargor; pero en realidad de verdad hay átomos y vacío"⁴.

Es evidente que esta posición es un tanto problemática, puesto que aparte de que nuestro conocimiento de ciertas cualidades sensibles como el color, olor, sabor, etc., se considera, por subjetivo, completamente relativo, por otra parte se encuentra la dificultad de explicar, por qué un determinado cuerpo presenta siempre la misma cualidad, color, por ejemplo, aún admitiendo que esta cualidad sea quizás apreciada dentro de matices diversos por diferentes personas, o por la misma persona en instantes diferentes. Si se quiere resolver este problema es preciso hacer residir la razón de esto, no en el sujeto como se comprenderá, sino en el objeto, razón por la cual, las cualidades de que venimos hablando, tendrían siempre en su origen, una justificación objetiva. Esto parece reconocerlo Demócrito cuando explica las cualidades secundarias de los cuerpos en base a la configuración y combinación de los átomos, diciendo por ejemplo que el sabor dulce proviene de átomos redondos y lisos; el ácido de átomos angulosos y picudos, etc.

Con ello se resolvería también en parte la acusación de relativismo recaída sobre el conocimiento de las cualidades secundarias. No quiere decir esto que intentemos desconocer la fuerte dosis de subjetividad que encierra el conocimiento referido a estos aspectos. Pero se debe evitar toda exageración. Haciendo radicar el origen de las cualidades secundarias en ciertas características de los mismos átomos, el papel de la subjetividad se reduce a una diferencia de matices, que podría controlarse por métodos racionales una vez conocido el problema.

El conocimiento sensible, hemos dicho, se explica de un modo mecánico, como producto del encuentro entre el sentido y los átomos que brotan del objeto percibido. Aparentemente de esta misma forma puede explicarse el conocimiento racional puesto que el alma para Demócrito, está compuesta también por átomos⁵.

4. García Bacca, J. D. Fragmentos Filosóficos de los Pre-socráticos. Ediciones del Ministerio de Educación, Caracas, 1964.

5. A este respecto encontramos el siguiente fragmento en Stobeo, IV, 233.

"Leucipo y Demócrito llaman a las sensaciones y los pensamientos, cambios del cuerpo... Las sensaciones y el pensamiento nacen del

En el *De Anima*, nos dice Aristóteles: "Demócrito afirma que la forma esférica es la más móvil de todas; y tales son mente y fuego". Los átomos que constituyen el alma son ígneos, sutiles, muy móviles y aunque corpóreos, extremadamente finos y delgados. Al igual que la sensación pues, el pensamiento parece envolver el movimiento de los átomos del pensador en respuesta a los efluvios que vienen de afuera.

El alma según Demócrito, se extiende a través de todo el cuerpo, aunque lo que llamamos mente viene a ser una concentración de átomos en el corazón. La respiración guarda los átomos del alma en el cuerpo; la muerte es la salida de estos átomos, salida que siempre es gradual, nunca instantánea.

El conocimiento racional del que venimos hablando, pese a tener el mismo origen que la sensación y reducirse a un puro mecanicismo, es superior a aquella en todos los sentidos, puesto que si bien está sujeto a las condiciones físicas, éstas no le hacen perder su seguridad y evidencia ya que entra en contacto con la única auténtica realidad: los átomos y el vacío. La sensación en cambio, varía de un ser humano a otro, e incluso en una misma persona según las circunstancias, lo cual la hace meramente probable, envuelta en dudas e inseguridades.

Es de advertir, lo cual nos parece de gran importancia, el hecho de que Demócrito recalca el papel del sujeto en el conocimiento, —lo cual ya se encuentra en Empédocles— al hacer hincapié en la dependencia del hecho de la sensación respecto del estado físico del sujeto. Esto sólo es posible porque se le concede al cognoscente un papel mucho más activo en el proceso del conocimiento: el hombre deja de aparecer como un simple espectador para adquirir el carácter de ente que participa dinámica y decisivamente en el proceso cognoscitivo. De esta forma aumenta su responsabilidad con respecto a la verdad o falsedad del producto final del acto de conocer. Así, al respecto, leemos en el fragmento 9:

llegar de las imágenes desde el exterior, porque a nadie le sobrevienen ni las unas ni el otro sin que lleguen las imágenes". Este fragmento corroboraría además la relación de dependencia que hemos recalcado entre sensación y entendimiento, en el sentido de que a partir de la sensación como captación de las imágenes externas, se produce el conocimiento racional que descubre en ellas los átomos y el vacío.

"Nosotros en realidad nada inmutable conocemos, sino sólo lo que nos sobreviene según la disposición del cuerpo y según la disposición de las cosas que se le entran o se le resisten"⁶.

Las afirmaciones que acabamos de hacer se refieren únicamente al conocimiento sensible puesto que es éste el que básicamente depende del estado del organismo. Sin embargo, dado que los átomos que constituyen el alma son también corpóreos, y si la tesis que defiende su mera diferenciación gradual con respecto a la sensación es correcta, podríamos atrevernos a pensar que así mismo el conocimiento racional se ve de alguna forma afectado⁷, aunque por constituir un "muy más sutil instrumento" podría con extraordinaria facilidad escapar al influjo de las condiciones materiales como ya se ha dicho.

Resumiendo lo dicho hasta aquí, podemos afirmar que encontramos en Demócrito una teoría del conocimiento que, si bien se mantiene dentro de la línea del pensamiento anterior y en buena medida se asienta en él, es sumamente original en sus conceptos.

La teoría demócritea del conocimiento es eminentemente mecanicista, reduciendo todo conocimiento al movimiento de átomos constituyentes de imágenes que brotan de los cuerpos y toman contacto con el cognoscente.

En nuestra opinión, se nota claramente en Demócrito el deseo de explicar científicamente el proceso del conocimiento, evitando especulaciones sin fundamento, pues aún en el caso de justificar la superioridad de la razón sobre los sentidos —lo cual ningún otro filósofo hizo antes— se vale de conceptos meramente científicos, aludiendo la mayor sutileza y movilidad de los átomos ígneos que constituyen el alma.

6. García Baccá, J. D. Opus Citat.

7. Para reforzar nuestro argumento, hallamos este fragmento de Teofrasto:

"Por lo que se refiere al pensamiento, dice que nace cuando el alma se encuentra en una complexión corpórea proporcionada; si ésta se convierte en más caliente o en más fría, dice que también el pensamiento cambia. Por eso dice que también los antiguos entendieron justamente qué es tener pensamientos variados. De manera que resulta claro que él explica el pensamiento por la complexión del cuerpo" (Teofrasto, 58) tomado de Mondolfo, R. El Pensamiento Antiguo, Vol. I. Ed. Losada S. A., Buenos Aires, 1969.

Encontramos además en Demócrito, un antecesor de ciertas concepciones del futuro empirismo inglés, sobre todo de su primer representante, John Locke. Con esto nos referimos básicamente a su distinción entre cualidades primarias y secundarias de los cuerpos, concediendo objetividad a las primeras y reduciendo las segundas al rango de afecciones subjetivas. Hay además cierta semejanza en el hecho de hacer depender en parte estas cualidades, de las cualidades primarias. Por otra parte, hay también un punto de contacto entre las dos doctrinas, en la concepción que ambas sostienen con respecto a la experiencia como punto de partida de todo conocimiento. Claro está que aquí hay que hacer una distinción, pues mientras que para Locke, todo conocimiento se reduce a la experiencia sensible y depende de ella, en Demócrito la sensación es el punto de partida del conocimiento, pero es sólo un medio a través del cual se alcanza el conocimiento racional de los átomos y el vacío, que es el único verdadero.

De todas formas persiste como coincidente la noción de la experiencia sensible como punto de partida del conocimiento.

Estamos, pues como hemos dicho, ante una doctrina epistemológica sumamente original con respecto a la de sus predecesores, que si bien se fundamenta en la de aquellos, intenta explicar el acto cognoscitivo mismo y justificarlo siempre dentro de un plano científico.

En todo esto se hace notorio, al igual que en sus doctrinas físicas, el desarrollo incipiente pero pujante de la ciencia experimental, que ya pugnaba por ocupar un lugar por derecho propio en el campo del saber.

VI. ETICA.

Entre las doctrinas de Demócrito se cuenta también la que se refiere a la Etica, expuesta en una serie de máximas breves y explicadas.

Cuando se analiza la ética democrítea considerada dentro del conjunto del sistema, surgen fundamentalmente dos interpretaciones: para unos, sus razonamientos sobre moral nada tienen que ver con su física, hasta el punto de que mientras ésta plantea un determinismo absoluto, la ética presupone la libertad del hombre.

Al parecer esto no constituyó problema para Demócrito, y algunos autores ven aquí la prueba de que por vez primera se constituye la ciencia de la naturaleza como independiente de la ciencia del hombre, y de la investigación filosófica en general.

Otros consideran por el contrario que hay en Demócrito el afán de armonizar física y ética orientando esta última racionalmente; esto, según quienes defienden tal posición, se advierte en el afán de utilizar ciertos conocimientos de la física en beneficio de juicios de tipo ético. Por ejemplo, para demostrar que no debe temerse a la muerte, se recalca la idea de que ésta no es otra cosa que la disolución de un conjunto de átomos. Así dice Demócrito en el fragmento 297:

"Algunos hombres —que sobre la disolución de la naturaleza humana nada saben, más con saber interno saben en vida sobre su mala conducta— arrastran miserablemente el tiempo de la vida entre inquietudes y temores, dándose a fingir mentirosas fábulas sobre el tiempo posterior a su fin".

Aquí se pondría de manifiesto el afán de rechazar la idea de la existencia de un mundo posterior a la muerte, que sería el lugar del alma en el futuro. Según el atomismo, puesto que el alma es un simple conjunto de átomos como el cuerpo, —aun cuando átomos de clase superior— la muerte es una disgregación o separación de estos átomos, de modo que no hay para el alma ninguna otra vida después de ésta. En consecuencia, no hay que temer a la muerte.

Enfrentándonos a estas dos posiciones diferentes, creemos más correcta la primera, pues es evidente que si Demócrito hubiese sido consecuente con su física no hubiese formulado una ética. El no haberse planteado el problema determinismo-libertad que surge al comparar su física con su ética demuestra claramente que nunca se consideró obligado a relacionarlas.

Esto no impide, no obstante, que haya tenido en cuenta ciertas nociones físicas al hacer algunos juicios éticos, con lo cual habría algo acertado también en la segunda posición.

1. García Bacca, J. D., Opus Citat.

Los principios éticos de Demócrito son decididamente eudaimonísticos y más aún hedonistas, aunque sin caer nunca en el hedonismo grosero que aspira únicamente al placer de los sentidos.

El concepto ético central, la meta de nuestra vida, es para Demócrito el logro de la *εὐθυμῆ*, la serenidad del alma, el bienestar. Puesto que, según hemos visto, no existe para el hombre otra vida sino ésta, ya que tanto el cuerpo como el alma se disuelven con la muerte en una dispersión de sus átomos, lo más inteligente, lo propio del hombre sabio es la búsqueda del mayor bien en esta vida, y ese bien deseable entre todos por excelencia, no puede ser otro más que la tranquilidad espiritual, la *εὐθυμῆ*, la liberación de todo tipo de preocupaciones o ataduras.

Esta paz o serenidad son propias del alma, como se demuestra en el fragmento 171: "Buenaventura no pone casa en los baños ni la pone en el oro; que el alma es el domicilio de la ventura"².

De aquí podemos concluir que Demócrito, tal como ya lo ha demostrado en su física, concede al alma un valor muy superior al del cuerpo, otorgándole sobre éste un papel no sólo vitalizador, como allí se observa, sino rector, como podemos apreciar en el fragmento 187:

"Conveniente cosa es a los hombres, tener más cuenta del alma que del cuerpo; que la perfección del alma rectifica la miseria del cuerpo, mientras que una robustez puramente irracional del cuerpo, en nada mejora al alma"³.

El medio que permite al alma alcanzar la *εὐθυμῆ* es la **mesura**, el justo equilibrio de los factores vitales: placer y dolor, gozo y renunciamiento. Nadie mejor que Demócrito expresa meridiana-mente esta idea, al decir en el extenso fragmento 191:

"El buen ánimo se les engendra a los hombre de la medida en los placeres y del comedimiento en la vida. Que las deficiencias y superabundancias se complacen en inmutar al alma y producir en ella grandes conmociones. Y las almas que se mueven entre extremos demasiado

2. *Ibíd.*

3. *Ibíd.*

distantes no están equilibradas ni están bien de ánimo. Así que en lo posible hay que tener buen sentido y contentarse con lo que está al alcance de la mano, sin hacer gran memoria de los envidiados y admirados, ni parar mientes en ellos; darse más bien a considerar las vidas de los atribulados, representándose en sí mismo cuán duro lo pasan, hasta que lo que de presente tiene y lo que está en manos de uno te parezca grande y envidiable y ya no le suceda padecer en su alma por anhelar cosas mayores. Que el que admira a los que poseen, a los que los demás hombres tienen por felices y no deja oportunidad alguna de ocupar en ellos su memoria se verá forzado a arriesgarse de continuo en empresas nuevas y a meterse por tales afanes en algún negocio ocasionado, de esos que prohíben las leyes. Por lo cual es menester no ir a la caza de tales cosas, y contentarse de buen ánimo con lo demás, poniendo la propia vida en parangón con la de los que la pasan peor, y tenerse por feliz viendo lo que sufren, pues le van la vida y negocios muy mejor que a ellos. Que si llegares a este convencimiento vivirás de mejor gana y expulsarás de tu vida no pocos espíritus furiosos: Envidia, celos, animosidades"⁴.

Es preciso pues, según este fragmento, alejar el alma de todo tipo de perturbaciones, practicar el dominio de sí y la moderación y evitar todo tipo de ambición. Por el contrario, el hombre debe contentarse con lo que tiene y no emprender proyectos que sean superiores a sus fuerzas. Además, es preciso practicar la justicia, concediendo a esto la mayor importancia, hasta el punto de que viene a ser preferible, según Demócrito, sufrir la injusticia que realizarla.

Con respecto al placer, si bien afirma, como luego hará Epicuro, que debe tomarse como criterio de conducta —"Agrado y desagrado son límites de lo conveniente y de lo inconveniente"⁵— no llega a proponerlo nunca como norma de la vida puesto que es subjetivo, diferente para cada individuo. Por ello el placer debe estar sometido y regulado por la razón.

Este reconocimiento de la subjetividad del placer, y la consideración de la *ευθυμην* como meta de la vida, le llevan pues a so-

4. *Ibíd.*

5. *Ibíd.*

meter el placer a la razón y le impiden caer en el hedonismo grosero que implicaría la proposición de la búsqueda del placer como máximo fin de la vida del hombre.

Por el contrario, todos los esfuerzos del hombre, si aspira a la paz y a la serenidad por la mesura, deben orientarse hacia el **bien** y hacia la **verdad**, que son idénticos para todos los hombres puesto que poseen valor objetivo.

Estos bienes, hacia los cuales debe tender el hombre, no son otros que los espirituales, los que se refieren al alma, puesto que es de ella de donde se derivan la felicidad o infelicidad del hombre.

Uno de los aspectos más atrayentes de la ética de Demócrito, viene a ser su idea de que el hombre debe constituirse en su propio juez y que toda acción debe estar orientada por el respeto hacia sí mismo. Así leemos en el fragmento 264:

"No hay que avergonzarse ante los demás hombres más que ante sí mismo, y no se debe hacer cosa mala tanto que nadie lo vaya a saber como que lo vayan a saber todos los hombres. De sí y ante sí mismo hay que avergonzarse sobre todo y ponerse en su alma como ley no hacer nada inconveniente"⁶.

Esta importancia concedida a la individualidad en el cultivo de la moral, tiene como corolario el necesario hincapié hecho en la importancia que para la práctica de la virtud tiene la interiorización y aceptación personal de la ley, evitando su cumplimiento por imposición. Así leemos en el fragmento 248:

"La ley pretende beneficiar la vida de los hombres; más lo consigue cuando los hombres quieren sometersele de buen grado, que sólo en los que así obedecen la ley hace ostentación de su virtud"⁷.

Con lo cual queda claro que el beneficio que se deriva de la ley y del cumplimiento de la misma, sólo se logra a plenitud cuando dicha ley ha sido obedecida a partir del previo conocimiento detallado y la aceptación personal, de modo que el individuo venga en último término a obedecerse a sí mismo.

6. *Ibíd.*

7. *Ibíd.*

Otro punto interesante en la filosofía moral democrítea, lo constituye su idea de que la virtud puede ser enseñada, idea en la que, en nuestra opinión, coincide con Sócrates.

A este respecto veamos lo que dice en los siguientes fragmentos:

"La Naturaleza y la Educación son parientes: porque la Educación configura según nuevas medidas al hombre y en virtud de tal cambio de medidas hace naturaleza"⁸.

"Muchos se hacen buenos más por el ejercicio que por la naturaleza"⁹.

"Causa de faltas es el desconocimiento de lo mejor"¹⁰.

Aquí se pone de manifiesto que para Demócrito la virtud, el buen vivir, cuando no se posee por naturaleza, es algo que se adquiere mediante la práctica, es decir, un hábito que requiere de constante ejercitación, como lo demuestra el segundo de los fragmentos transcritos.

Sin embargo, no puede negarse, una vez leídos los otros fragmentos, que hay en Demócrito el reconocimiento de que la vida virtuosa puede ser objeto de enseñanza y estudio, con lo cual la virtud adquiere un cierto matiz racional. Claro está que no tenemos base para afirmar que aquí se dé como en Sócrates, una identificación entre la virtud y la ciencia, o que se acepte un determinismo moral a partir del conocimiento de la virtud — a lo cual parece inclinarse el último fragmento. Nuestra impresión final con respecto a este punto, es que hay para Demócrito una complementación entre estas dos formas de adquirir la virtud: la ejercitación y práctica constante, debe ir precedida de un conocimiento profundo de la misma, que llevaría a considerarla como algo digno de ser poseído y necesario para la vida.

La sola ejercitación sin el debido conocimiento que convence al hombre de la importancia de la virtud, no llevaría muy lejos

8. *Ibíd.*

9. *Ibíd.*

10. *Ibíd.*

en este intento de alcanzarla. Por su parte, el estudio y análisis profundo de la vida virtuosa y su valor, por muy convincentes que fuesen, permanecerían impotentes sin la debida lucha práctica y constante, encaminada a convertir lo que se ha captado como necesario y valioso, en un hábito que llegue a asimilarse a la misma espontaneidad natural.

Los análisis que hasta aquí hemos hecho nos han permitido captar los caracteres más resaltantes de la ética democrítea.

Mientras que en la física es decididamente objetivista, en la ética Demócrito no puede evitar defender un cierto subjetivismo moral.

En efecto, si no hay otra vida sino ésta, y los dioses, siendo seres superiores a los hombres, son igualmente mortales, manteniéndose al margen de los asuntos humanos, no hay ningún poder superior que pueda establecer los valores éticos que deben regir la vida humana. Será el hombre mismo, el que de acuerdo al ejercicio de su razón descubrirá el bien más valioso, el que le hará más feliz en esta vida, la *εὐθυμυη*, y el medio para alcanzarlo, la medida, a partir de lo cual orientará su propia conducta, tomándose a sí mismo como juez.

Con esto, se concede amplia libertad al hombre para que a partir de la búsqueda de la serenidad del alma que la razón descubre como valor por excelencia, dirija su conducta formulando su propia escala de valores. Solamente la meta ya mencionada y la medida como criterio instrumental para alcanzarla, impondrán al hombre límites en su elección de cualesquiera otros bienes materiales o espirituales.

Por lo afirmado hasta aquí podemos ver que el subjetivismo no lo es tanto, ya que la *εὐθυμυη* y la medida se presentan como conceptos universales, iguales para todos los hombres. Es evidente que cada uno, mediante el uso de su propia razón, debe llegar a captar estos conceptos y convencerse de su valor —universal puesto que se afirma como bien para todos—, con lo cual se pone de manifiesto una buena dosis de objetividad. A partir de este primer momento o de estos primeros valores que tienen carácter general, cada cual determina su propia vida y su propia jerarquía de valores, y aquí sí estamos en el plano abierto de la subjetivi-

dad como norma de conducta. Con esto en nuestra opinión, quedaría demostrado que la ética de Demócrito no es totalmente subjetivista, puesto que admite la existencia de valores universales iguales para todos los hombres.

Por otra parte esta moral se nos presenta como decididamente egoísta, pues se orienta básicamente al logro del bien particular a través del comportamiento equilibrado. Sin embargo, si bien es cierto que el bienestar social no fue un problema del que Demócrito se preocupase directamente, en los numerosos fragmentos que dedica a las cuestiones de la política puede apreciarse un cierto interés en garantizar a la sociedad un *mínimum* de bienestar.

Por último debemos recalcar el carácter eudaimonístico de la ética demócritea y reconocer que está en lógico acuerdo con su concepción del mundo. No se propone esta moral lograr la salvación del hombre —puesto que no se admite otra vida—, ni contribuir con sus máximas al perfeccionamiento y progreso de la humanidad o a la organización de una sociedad más satisfactoria —pese a los fragmentos dedicados a la política¹¹— sino única y exclusivamente la felicidad del hombre, obtenida en base al ejercicio de la mesura como único medio de garantizar la tranquilidad del espíritu.

Esto hace de la ética demócritea, una ética un tanto mediocre, carente de grandes ideales o de metas sublimes, propicia a la formación de hombres medianos, incapaces de altos vuelos, en la cual aquellos que desean hacer poco esfuerzo en la vida y evitar grandes riesgos, encontrarán una muy elaborada justificación.

VII. CONCLUSION.

En este breve estudio de la filosofía atomista, enfocada a partir de la figura de Demócrito, a quien como hemos dicho consideramos su máximo representante, hemos podido apreciar la importancia que el atomismo tiene en cuanto culminación del movimiento pluralista, encaminado a conciliar la realidad del mundo sensible con los planteamientos de la filosofía de Parménides.

11. Orientados a asegurar un medio ambiente favorable a la obtención de la meta moral propuesta.

La filosofía atomista representa por otra parte, lo cual no es menos importante, el comienzo de una ciencia natural independiente de la filosofía que después se realizará plenamente en la obra de Aristóteles — y la formulación de una visión del mundo tan acertada que se considera como precedente genial de las modernas doctrinas físicas sobre la constitución de la materia.

Hablando en términos generales, podríamos decir que el éxito del atomismo reside en su interpretación mecanicista de la realidad mediante la postulación de los átomos y el vacío como sus componentes únicos. Otro acierto que valoriza aún más la doctrina atomista es la recuperación del vacío para la explicación de la realidad, y la caracterización únicamente cuantitativa del ser de los átomos.

En lo que se refiere al vacío, no es la primera vez que se le hace valer como parte importante en la interpretación de lo real, pues ya antes el pitagorismo lo había utilizado con los mismos fines con que lo utilizan los atomistas: como medio de separación de los átomos y ámbito en el cual se mueven. Sin embargo, llama la atención la postulación del vacío por los atomistas debido a su posterioridad con respecto a la filosofía parmenídica, que precisamente se había negado a atribuirle ser al no-ser, al vacío. Los atomistas ven en el vacío la única posibilidad de explicar la individualidad de los átomos y su movimiento, y no vacilan en oponerse al planteamiento eleático, atribuyéndole existencia real y haciéndole jugar un papel fundamental en la constitución de la realidad.

En cuanto a la caracterización puramente cuantitativa de los átomos, su gran acierto lo pone de manifiesto la utilización de tal concepto —guardando las debidas distancias en lo que a nivel de abstracción y manejo del concepto se refiere— por la física atómica actual, de la cual como ya hemos dicho, puede considerarse antecesora la doctrina de los atomistas griegos.

Es interesante recalcar el lugar que ocupa la filosofía atomista en el contexto del pensamiento pre-socrático, en cuanto punto culminante y convergente de las doctrinas pluralistas iniciadas con Empédocles.

A través del paso dado por los atomistas, se alcanza una completa visión mecanicista del mundo. El movimiento de los átomos en el vacío es eterno y espontáneo y no requiere según ellos, mayor explicación. No se considera necesario introducir fuerzas o poderes externos que justifiquen este movimiento, como ocurre en Empédocles con el Amor y el Odio y en Anaxágoras con el *vous*. De este modo se abre el camino a una explicación puramente científica de la realidad, y con ello, como hemos visto, a una ciencia natural independiente de la ciencia del hombre.

No podríamos poner punto final a este trabajo, sin señalar la relevancia que en nuestra opinión tiene la teoría del conocimiento formulada por Demócrito y la originalidad de su ética.

En cuanto a la teoría del conocimiento, se destacan en ella su explicación puramente mecánica del conocimiento —tanto sensitivo como racional— y su exaltación del conocimiento racional como única fuente de verdad, sin rechazar en forma radical al conocimiento sensible, al cual incluso se le considera como punto de partida de todo conocimiento. Son también de gran valor e interés aquellos conceptos que como ya hemos visto en el aparte correspondiente, lo colocan como antecesor de ciertas doctrinas del empirismo inglés —sobre todo de Locke—, y su reconocimiento —ya señalado también— del papel fundamentalmente activo que juega el individuo en el acto cognoscitivo.

Por lo que dice a la Ética, si bien ésta no constituye un modelo equiparable por ejemplo a la que proponen Sócrates o Platón y luego Aristóteles, no puede dejar de reconocérsele su originalidad.

Fundamentalmente hedonista —sin caer en el hedonismo grosero— y eudaimonística, se encuentra en perfecta correspondencia con su visión de un mundo material donde todo se explica mecánicamente, despoblado por completo de poderes superiores o divinidades de cualquier clase.

Es además importante resaltar el papel que en la ética democrítea juega la razón como facultad rectora que no sólo determina la meta en la cual el hombre hallará la felicidad —la *ευθυμια*— sino además los medios que permitirán alcanzarla. Esta

es la nota objetiva en el subjetivismo que caracteriza la moral democrétea.

Las únicas fallas de su ética se deben a su despreocupación con respecto al problema de la posibilidad de la misma dentro de una visión determinista de la realidad, y a su mediocridad, a su carencia de grandes ideales que proponer al hombre, hasta el punto de que, como ya hemos señalado, el individuo mediocre podrá fácilmente encontrar en ella una buena justificación a su medianía.

Para terminar, no podemos dejar de reconocer que Demócrito fue un hombre de su tiempo, un hombre en el cual converge la tradición anterior eminentemente cosmologista y la nueva orientación humanista de la filosofía que se desarrolla a partir de la sofística. En ambos campos, Demócrito supo responder a su papel. No sólo lleva a su punto culminante la respuesta pluralista al estancamiento eleático, sino que se ocupa, hábil e ingeniosamente de los problemas epistemológicos y éticos que preocupaban a los representantes de la nueva generación filosófica.